

EPÍSTOLA DE SANTIAGO

Introducción

La epístola de Santiago no se escribe a la asamblea, por lo que no enseña el fundamento de la autoridad apostólica sobre las personas a quienes se envía. Es, ante todo, una exhortación práctica al continuado reconocimiento de las doce tribus y de la relación que los judíos cristianos mantenían con ellas, dado que Jonás fue enviado a los gentiles a pesar de que el pueblo judío fuera el elegido. Así, el Espíritu divino reconoce aquí la relación con Israel igual que con los gentiles, y los derechos inmutables de Dios, sean cuales fueran los privilegios concedidos a la asamblea o a los israelitas. Sabemos por el hilo narrativo que los judíos cristianos siguieron siendo judíos de raza hasta el fin del relato del Nuevo Testamento, que también tenían celo por la ley —para nosotros algo extraño—, y que Dios se lo toleró durante cierto tiempo.

La doctrina del cristianismo no constituye su tema. La epístola cede a Dios su lugar en la conciencia respecto a todo lo que rodea al creyente. Le ciñe sus lomos presentando la venida cercana del Señor y su disciplina de hoy, con respecto a la cual la asamblea debería poseer una inteligencia y curiosidad fundadas. El mundo, y todo lo que hace aparición en él, es juzgado desde una óptica divina.

Algunas menciones sobre la posición de los cristianos (es decir, sobre su forma respecto a la de Israel), nos ayudarán a comprender esta porción de la Palabra.

Israel aún es considerado el pueblo divino. Para la fe de Santiago, la nación mantiene la relación que se le dio para que la fomentara con Dios. A los cristianos se dirige como si formaran parte de un pueblo cuyos vínculos con Dios no los hubiera roto todavía el juicio, y fueran únicamente ellos quienes poseían la fe que el Espíritu concedía en el verdadero Mesías. Pero en realidad, junto con el autor de la carta aceptaron a Jesús como el Señor de la gloria de entre todos los de la nación. Con la excepción de los versículos 14 y 15 del capítulo 5, esta epístola no contiene ninguna exhortación que, en su altura de miras espiritual, pretenda ganarse el entendimiento de un judío piadoso. Supone, desde luego, que las personas a quienes habla tienen fe en el Señor Jesús, pero no les hace ningún llamamiento sobre la exclusividad de un cristianismo que depende de sus prerrogativas. Las exhortaciones provienen de esa fuente superior envueltas entre la atmósfera más celestial, pero el efecto que persiguen consiste en producir pruebas auténticas de religión (como las que se verían en la iglesia profesante) en un vasto cuerpo como Israel, en medio del cual existían cristianos.

La epístola no se basa en las relaciones cristianas. Las reconoce solo como un hecho aislado; otros hechos ejercitaban su derecho en la conciencia del autor. Se supone que a quienes escribe están en una relación con Dios conocida, incuestionable y de fecha antigua, en la que se había instaurado el cristianismo.

Es importante darse cuenta del patrón de vida moral que presenta la epístola. Tan pronto como asimilemos la posición en la que vemos a estos creyentes, no será difícil discernir la verdad sobre esta cuestión. La misma verdad que Cristo presentó cuando caminaba en medio de Israel, poniendo delante de sus discípulos la luz y las relaciones divinas resultantes de su presencia. De hecho, él estaba ahora ausente, pero esa luz y relaciones se mantienen aún dentro de un nivel de responsabilidad. Las justificaría el regreso del Señor, mediante el juicio a los que se negaran a aceptar y a caminar en esa luz. Hasta ese día, los fieles debían ser pacientes entre la opresión que sufrían por parte de los judíos, que todavía blasfemaban del santo nombre que los había llamado. Es lo opuesto a la epístola a los Hebreos, en lo que respecta a sus relaciones con la nación judía; no moralmente, sino por la cercanía del juicio cuando se escribió la carta.

Los principios fundamentales de la posición de que hemos estado hablando son los siguientes: la ley en su espiritualidad y perfectibilidad, tal como expresó y sintetizó Cristo; una vida comunicada, que al tener los principios morales de la ley es en sí misma divina, y la revelación del nombre paterno. Todo esto era cierto cuando el Señor caminaba en la tierra, en el terreno sobre el que —por poco que lo entendieran— puso después a los discípulos. Les dijo

que debían ser testigos de ello —como todo lo que él decía— después de su muerte, distinguiendo este testimonio del que ofrece el Espíritu Santo.

Esto es lo que Santiago enseña aquí, con el añadido de que el Señor también dijo que volvería. Es la doctrina cristiana relacionada con un camino en Israel, según la luz y las verdades que Cristo reveló, y, dado que aún estaba ausente, una exhortación a la perseverancia y a la paciencia en esta senda, esperando el momento en que, por medio del juicio a los que los afligían, vindicara los principios en los que ellos estaban andando.

Aunque el juicio ejecutado en Jerusalén cambiaba en este sentido la posición del remanente israelita, la vida de Cristo sigue siendo, sin embargo, nuestro modelo, y tenemos que esperar pacientes al Señor.

No tenemos en la epístola la asociación del cristiano con Cristo exaltado en lo alto, ni la idea, por ende, de encontrarse con él en el aire, como Pablo enseña. Pero lo que contiene es verdadero, y el que dice que permanece en Él también debe andar como Él anduvo.

El juicio que se aproximaba nos hace comprender la forma en que Santiago habla del mundo, de los ricos que se complacen en su suerte, y la posición del remanente creyente, oprimido y sufriente en medio de la incrédula nación; por qué comienza con el tema de las tribulaciones y recurre a ellas a menudo, por qué también insiste en las evidencias de la fe. Sigue viendo a Israel como un conjunto, pero había quienes al recibir la fe en el Señor de la gloria fueron tentados a mostrar su criterio sobre los ricos y los grandes del país. Siendo todos judíos —como cristianos que guardaban las ordenanzas—, es fácil entender que, aunque creyeran de verdad y confesaran que Jesús era el Cristo, los meros profesantes podrían actuar sin el menor cambio en sus vidas demostrado por sus obras. Es evidente que una fe como esta no posee ningún valor. Precisamente es la fe de los que hoy en día exigen practicar obras, una profesión inane de la verdad del cristianismo. Ser engendrado por la palabra de verdad es tan extraño para ellos como para los judíos que menciona Santiago.

Con creyentes que fueron puestos en Israel entre quienes solo fingían su fe, podemos entender fácilmente el discurso del apóstol a la masa de los que podrían compartir los privilegios que existían allí; su discurso a los cristianos sobre disponer de su lugar especial, y su aviso a los que se llamaban creyentes. Lo más fácil y meridianamente claro es aplicarlo, en la práctica, en todo momento, sobre todo cuando un grupo de gente asume un derecho por herencia de los privilegios del pueblo de Dios. Además, la epístola ejerce una presión brutal en la conciencia del individuo, juzgando la posición en la que uno se encuentra y los pensamientos e intenciones del corazón.

Capítulo 1

La epístola comienza, pues, con una exhortación a regocijarse en el juicio como medio que produce paciencia. Este tema continúa hasta el final del versículo 20, donde la idea gira en torno a la necesidad de controlar todo lo que se opone a la paciencia y al verdadero carácter de quien se detiene en presencia de Dios. Este discurso termina, por lo general, con el fin del capítulo. La conexión del razonamiento no siempre es fácil de entender; la clave es la condición moral con la que está ocupado el apóstol. Me esforzaré por hacer más comprensible esta conexión.

El principal asunto es el deber de caminar con Dios para mostrar la realidad de nuestra profesión, a diferencia de la unidad que muestra el mundo con su religión. La paciencia debe tener entonces su obra perfecta, sojuzgar la voluntad y aceptar la que es divina; en consecuencia, nada escaseará en la vida del alma. El creyente podrá sufrir, pero espera pacientemente en el Señor. Es lo que hizo Cristo, esa fue su perfección. Esperó cumplir la voluntad de Dios y nunca hizo la suya, por eso la obediencia fue perfecta y él totalmente probado como humano. De hecho, suele faltarnos sabiduría para saber lo que debemos hacer. Aquí el recurso es evidente: tenemos que pedírsela a Dios. Él da a todos de manera liberal, solo hay que contar con su fidelidad y una respuesta a nuestras oraciones. De lo contrario, el corazón

mostrará su otra cara, se creará la dependencia de recursos que no son divinos y desearémos otro objeto. Si solo buscamos lo que Dios quiere y lleva a cumplimiento, confiaremos en poder conseguirlo; y en cuanto a las circunstancias mundanas, que podrían hacernos creer que es inútil depender de él, se desvanecen como la flor del campo. Tenemos que ser conscientes de que el lugar que Dios se ha propuesto darnos no es el que encontramos aquí. Quien pase por una mala fase debería regocijarse en que el cristianismo lo exalte; los ricos, que los humille. No es en las riquezas que debemos alegrarnos (perecen), sino en los ejercicios de corazón de los que había estado hablando el apóstol, porque después de haber sido probados recibiremos la corona de la vida.

La vida de uno que es así probado, desarrollada en obediencia a la voluntad completa de Dios, es más digna que la de un hombre que satisface todos los deseos de su corazón con holgura.

Respecto a las tentaciones de este último carácter, con el que los deseos del corazón provocan la caída de los hombres, no hay por qué pensar que provengan de Dios: el corazón humano es su fuente; sus pasiones conducen, a través del pecado, hacia la muerte. Que nadie se engañe en esta cuestión. Lo que tienta el corazón proviene de uno mismo. Todos los dones buenos y perfectos proceden de Dios, y él nunca cambia, no hace nada más que el bien. En consecuencia, nos ha dado una nueva naturaleza, el fruto de su voluntad, que obra en nosotros por la palabra verídica para poder ser, en cierta medida, las primicias de sus criaturas. Lo oscuro no proviene del Padre de las luces.

Por la palabra de verdad nos ha engendrado para ser los primeros y más excelentes testigos de este poder del bien, que brillará en el futuro en la nueva creación de la que somos primicias. Esto es lo opuesto a la fuente de los deseos corruptos. La palabra de verdad es la buena semilla de vida; la voluntad propia, la cuna de nuestros deseos; su energía nunca podrá producir los frutos de la naturaleza divina, ni la ira del hombre la justicia de Dios. Por lo tanto, estamos llamados a ser dóciles, dispuestos a escuchar, a pensar antes de hablar, a refrenar nuestra ira, a dejar de lado toda inmundicia de la carne, todo poder impío, y recibir la palabra con mansedumbre, una palabra que, aunque sea la de Dios, se identifica con la nueva naturaleza implantada en nosotros, mientras él le da forma y la hace crecer. Esta naturaleza tiene su origen en él a través de la Palabra.

No es una ley que esté fuera de nosotros y que, al ser contraria a nuestra naturaleza pecaminosa, nos condene. Esta palabra salva el alma, es vida y vivificación, y funciona en una naturaleza que mana de ella, moldeándola y dándole su luz.

Pero es necesario ser hacedores de la Palabra, no solo escucharla, producir los frutos prácticos que demuestran que realmente funciona en el corazón y está viva. De lo contrario, será solo un espejo en el que nos veamos reflejados por un instante y luego olvidemos qué hemos visto. El que mira en la ley perfecta, la de la libertad, persevera en ella y pone en práctica su obra para obedecerla y ser bendecido en sus actividades.

Esta ley es perfecta; para la palabra de Dios, todo lo que el Espíritu divino ha expresado, significa su naturaleza y carácter, lo que Dios es y lo que desea, ya que cuando se revela en su totalidad —hasta que no ocurre, el hombre no puede conocerle— quiere lo que él es, y de un modo inapelable.

Esta ley es de la libertad, porque la misma Palabra que revela lo que es Dios y lo que él quiere nos ha hecho partícipes, por gracia, de la naturaleza divina, puesto que no caminar conforme a ella sería no hacerlo a través de la nueva naturaleza. Andar según esta naturaleza, guiados por la Palabra, es la auténtica libertad. La ley ofrecida en el Sinaí dejó reflejadas en el hombre, no en su corazón sino fuera de él, la conducta y la clase de deseos que la voluntad divina no quería que mostrase. La ley reprime y condena los impulsos del hombre natural, y no puede tolerarle su voluntad, si no es para cumplir la divina. Sin embargo, la posee, y de este modo la ley se convierte en esclavitud, condena y muerte para él. Ahora bien, habiéndonos engendrado por la Palabra de verdad, la naturaleza que tenemos, nacida de Dios, posee sus gustos y deseos, unas inclinaciones que fomenta. La Palabra fomenta en su seno esta naturaleza,

que moldea e ilumina, como hemos dicho, en perfección, dándole libertad para seguir sus indicaciones. Así sucedió con Cristo: si se le hubiera podido privar de libertad (lo que espiritualmente era imposible), esto le habría impedido hacer la voluntad del Padre.

Pasa lo mismo con nuestro nuevo hombre —Cristo en nosotros como vida—, que se crea y genera según Dios en justicia y verdadera santidad por la Palabra, la revelación perfecta de su naturaleza, de la que Cristo, el Verbo y viva imagen de la invisible divinidad, es su manifestación y norma. La libertad del hombre nuevo es hacer la voluntad de Dios, imitar su carácter como hijo amado, y del modo que representó Cristo. La ley de la libertad posee este carácter, tal como revela la Palabra, en que la nueva naturaleza obtiene su gozo y satisfacción. Tal es el carácter de Dios formado en nosotros por la operación de una naturaleza engendrada y moldeada por la Palabra.

El principal y mayor indicador de la criba del hombre interior es la lengua. Un hombre que parece estar en relación con Dios y le honra, pero no puede refrenar su lengua, se engaña a sí mismo y su religión se vuelve vana.

La religión pura delante de Dios y del Padre es cuidar a aquellos que, alcanzados en sus relaciones más tiernas por la paga del pecado, se ven de pronto privados de apoyo natural y deben poner distancia con la contaminación del mundo. En lugar del intento por exaltarlas y ganar reputación en un mundo de vanidad —lo cual no goza del consentimiento divino—, nuestras actividades se vuelven hacia los afligidos que necesitan ayuda en el sufrimiento, guardándonos de un mundo en el que todo es profano y contrario a la nueva naturaleza que nos da vida, y al carácter divino como lo conocemos por la Palabra.

Capítulo 2

El apóstol pasa a hablar de quienes profesaban creer que Jesús era Cristo el Señor. Antes ha hablado de la nueva naturaleza en relación con Dios. Aquí, la simulación de la fe cristiana encarna la piedra de toque de la realidad de los frutos producidos en contraste con el mundo. Todos estos principios —el valor del nombre de Jesús, la esencia de la ley que Cristo presentaba, y la ley de la libertad— se exponen para demostrar la realidad de una fe simulada o para convencer al impostor de que no la poseía. Se prueban dos cosas: mostrar afectación por la apariencia exterior de las personas, y la ausencia de buenas obras como evidencia de la práctica religiosa. Primero se culpa esta afectación. Profesan fe en el Señor Jesús y, en cambio, se aferran al espíritu mundano. Pero responde el apóstol que Dios ha elegido a los pobres, haciéndolos ricos en fe y herederos del reino. Los profesantes los estaban despreciando; esa gente rica blasfemaba el nombre de Cristo y perseguía a los cristianos.

En segundo lugar, Santiago apela al esquema práctico legal al que se refería Jesús: la ley real. Quebrantáronla en favor de los ricos, pero la ley no permitía que se vulnerasen sus mandamientos, dado que la autoridad del legislador la dotaba de vida. Al despreciar a los pobres, seguramente no amaban a su prójimo como a ellos mismos.

En tercer lugar, debían caminar con una responsabilidad que se midiera por la ley de la libertad, en la que, poseyendo una naturaleza que saboreaba y amaba lo divino, fueran liberados de todo lo contrario, y no pudieran ir con excusas si aceptaban otra clase de principios. Esta presentación de la naturaleza de Dios conduce al apóstol a hablar de la misericordia por la que Él se glorifica a sí mismo. El hombre que no muestra misericordia se verá un día como el objeto del juicio que ha fomentado.

La segunda parte del capítulo está relacionada con ello, porque comienza el discurso con las obras presentadas como pruebas de fe que tienen que ver con una misericordia acorde a la naturaleza y carácter de Dios, del cual, nacido de él, el verdadero cristiano se hace partícipe. La simulación de fe sin esta vida, cuya existencia queda demostrada por las obras, no puede beneficiar a nadie. Esto ha quedado suficientemente claro. Digo la simulación de fe, porque la epístola indica claramente: «si alguien dice que tiene fe...». He aquí la clave de este pasaje.

Pregunta el apóstol que dónde está la prueba. Las obras son la prueba, y de este modo él las maneja. Un hombre que dice que tiene fe, no me la puede dejar ver. Por consiguiente, le digo con razón «muéstramela». Esta es la prueba de fe que se exige: únicamente por sus frutos la visibilizamos ante los demás, pero en sí misma no se puede ver. Si produzco estos frutos entonces poseo la raíz, sin la cual no podrían existir. Así que la fe no se muestra a los demás, ni yo puedo reconocerla, sin las obras; en cambio, las obras, su fruto, prueban su existencia.

Lo que se explica a continuación es la simulación de la doctrina que, aunque pueda ser verdadera —con ciertas verdades confesables, en la que se observa una fe real—, posee la certeza del conocimiento y la convicción que los demonios tienen de la unidad de la deidad. Ellos no lo dudan, pero no existe ningún vínculo entre su corazón y Dios por medio de una nueva naturaleza. Nada más lejos.

Por otra parte, el apóstol refuerza su afirmación debido a personas en las que la resistencia a la naturaleza divina no es tan evidente. La fe, el reconocimiento de la verdad respecto a Cristo, está muerta sin obras; es decir, una fe que no produce ninguna obra o prueba de vida está muerta. La fe de la que habla el apóstol es fingimiento, algo desprovisto de realidad. El v 19 enseña que existe la probabilidad de que sea verdadera, no fingida, pero la vida engendrada por la palabra, y el modo en que se forma la relación entre el alma y Dios, deja mucho que desear. La transformación real sucede por la Palabra, es fe; y siendo engendrados por Dios tenemos una nueva vida. Esta vida actúa, es decir, que la fe obra de acuerdo con la relación que tiene con Dios, por las obras que emanan de ella de manera natural y dan testimonio de lo que las produce.

Desde el v 20 hasta el final, Santiago presenta una nueva prueba de su tesis basada en el último principio que he mencionado. Ahora bien, estas pruebas no tienen nada que ver con los frutos de una naturaleza bondadosa —pues existen— que nos pertenecen como criaturas, sino con esa otra vida que posee como fuente la palabra de Dios, por medio de la cual él nos engendra. Los frutos de los que habla el apóstol dan testimonio de la fe que los produce. Abraham ofreció a su hijo; Rahab recibió a los mensajeros de Israel y se asoció con el pueblo divino cuando todo estaba en su contra, separándose por fe del suyo. Todos se sacrificaron por Dios, todos abandonaron a su gente antes de alcanzar la victoria, y cuando el mundo estaba en su pleno apogeo dieron los frutos que producía la fe. Uno lanzó su apelación a Dios y creyó en él del modo más absoluto, contra todo pronóstico que la naturaleza pudiera augurar; otro aceptó unirse al pueblo divino cuando todo estaba perdido, pero tampoco esto es atribuible a una naturaleza cándida o a un don natural, como los hombres quieren llamar a las buenas obras. Uno era un padre que iba a matar a su hijo, el otro una mala mujer traicionando a su país. En realidad, acabó cumpliéndose la escritura que dice que Abraham creyó a Dios. ¿Cómo pudo haber actuado como lo hizo si no le hubiera creído? Las obras corroboraron su fe, y la fe sin obras es como el cuerpo sin el alma, una forma exterior vacía de la vida que la anima. La fe opera en las obras —nulas sin ella, no se corresponden con las de la vida nueva—. Las obras completan la fe, porque a pesar de la prueba y el juicio, aquella tiene una actividad. Las obras de la ley no tienen parte en ella. La ley ceremonial que pone requerimientos no es una vida que produzca (aparte de esta naturaleza divina) estas disposiciones santas y amorosas que, teniendo a Dios y a su pueblo por objeto, no valoran otra cosa.

Fijaos que Santiago nunca dice que las obras nos justifiquen ante Dios, ya que él puede ver la fe sin las obras. Sabe que la vida está ahí, en ejercicio con respecto a él, por la confianza en su Palabra, en sí mismo, cuando recibimos Su testimonio pese a lo que nos rodea y sofoca. Este Dios lo ve y sabe todo, pero cuando se trata de nuestro prójimo es cuando debe decir «muéstrame», para que entonces la fe, la vida, se muestre en las obras.

Capítulo 3

El apóstol recurre a la lengua, el barómetro más eficaz del corazón, la prueba de si el nuevo hombre está soliviantado o la naturaleza y la voluntad humana son reprimidas. No hay aquí apenas nada que precise ser comentado, aunque es mucho lo que nos exige la audiencia. Donde esté la vida divina, el conocimiento no se demuestra con meras palabras, sino con el camino y las obras en los que se constata la mansedumbre de la auténtica sabiduría. La amargura y las discusiones no son el producto de una sabiduría que venga de arriba, sino terrenales, de la naturaleza humana y del enemigo.

La sabiduría que procede de arriba, que tiene sitio en el corazón, posee tres características. En primer lugar, la pureza, porque el corazón está en comunión con Dios: tiene relación con él; por tanto, debe haber necesidad de esta pureza. También es gentil, generoso, presto a ceder ante la voluntad de otro. Lleno de buenas obras, actúa movido por un principio que, originándose sus motivos de arriba, obra el bien sin parcialidad; es decir, sus actos no están condicionados por las circunstancias motivadas por la carne y las pasiones. Por esta misma razón, es genuino y franco. La pureza, la ausencia de la voluntad y del yo, así como la actividad del bien, conforman los rasgos de la sabiduría celestial.

Estas enseñanzas para frenar la lengua, como el principal motor y expresión de la voluntad del hombre natural, se extienden a los creyentes. No deben existir, en cuanto a la disposición de ánimo, demasiados maestros. Todos fallamos, y enseñar a otros solo para fracasar aumenta nuestra condenación, porque la vanidad puede inflamarse fácilmente enseñando a los demás; y eso es algo muy distinto a estimular nuestra vida por el poder de la verdad. El Espíritu Santo otorga sus dones como le place. El apóstol habla aquí de la propensión de cualquiera a enseñar, no del don que pudo haber recibido para hacerlo.

Capítulo 4

Tenemos el juicio de la naturaleza desenfrenada, de la voluntad bajo sus diferentes formas: las disputas que surgen de los deseos del corazón natural; las peticiones presentadas a Dios y de una misma fuente (los deseos de la carne y de la mente) expuestas en el ámbito de la amistad con el mundo, que se enemista con Dios. La naturaleza humana es ambiciosa por la envidia a los demás. Pero Dios da más gracia: hay un poder que contrarresta si uno es capaz de conformarse con ser pequeño y humilde. La gracia y el favor divinos le acompañarán, dado que resisten a los orgullosos y dan gracia a los humildes. Ante esto, el apóstol exhibe la acción de un alma guiada por el Espíritu de Dios entre la multitud incrédula y egoísta con la que se asociaba (vv 6-10). Él todavía supone que los creyentes a quienes escribe estaban identificados con la ley. Si hablaban mal de su hermano, al que la ley dignificaba delante de Dios, hablaban mal de ella²⁷, con la que pretendían medir sus valoraciones. El juicio era cosa de Dios, quien había dado esta ley y él la reivindicaría con su autoridad, como iba a conceder la liberación y la salvación.

Se culpa a la misma obstinación y olvido de Dios, a la falsa confianza, a resultados de admitir que somos capaces de hacer lo que nos venga en gana, nuestra falta de dependencia de Dios. El versículo 17 es una conclusión general fundada en el principio ya sugerido, sobre lo que dice en lo relativo a la fe. El conocimiento del bien, sin su práctica, llama a la ausencia de la obra que uno podría haber hecho un pecado flagrante. La acción del hombre nuevo está ausente, la del viejo está presente. Porque está ante nuestros ojos el bien, sabemos lo que debemos hacer y no elegimos hacerlo, y no mostrando ninguna inclinación no vamos a practicarlo.

²⁷ Comparar 1Tes 4:8, donde el Espíritu sustituye la ley aquí mencionada.

Capítulo 5

Las dos clases en Israel aparecen claramente diferenciadas entre sí, más aún la dirección que el cristiano debe seguir cuando es disciplinado por el Señor.

El apóstol presenta Su venida como el plazo que vence con la condición tanto de los opresores ricos incrédulos, como del pobre remanente que cree. Los ricos han acumulado tesoros para los últimos días; los pobres oprimidos deben ser pacientes hasta que el Señor venga a liberarlos. Además, la liberación no se retrasará. El agricultor espera la lluvia y el tiempo de la cosecha; el cristiano, la venida de su maestro. Esta paciencia es característica, como ya sabemos, del camino de la fe. Lo hemos visto en los profetas, y en el caso de otros consideramos felices a quienes soportan aflicciones por causa del Señor. Job nos muestra los caminos yahvéuticos: necesitaba la paciencia, pero el objetivo de Yahvé fue bendecirle y mostrarle su misericordia.

La expectativa de la venida del Señor era una solemne advertencia, y, al mismo tiempo, la causa más motivadora que mantenía vivo el carácter de la vida del cristiano. Mostraba también en qué terminaba el egoísmo de la voluntad humana, y constreñía toda acción de esta voluntad en los creyentes. Los sentimientos de los hermanos unos con otros fueron puestos bajo la protección de esta verdad. No debían mostrar un espíritu de descontento, ni murmurar contra otros que quizás fueran más favorecidos. El juez permanecía junto a la puerta.

Los juramentos muestran aún más el olvido de Dios y las acciones que resultan de la voluntad propia y natural. «Sí» debería ser sí, y «no» no. Las acciones producto de la naturaleza divina —cuando se es consciente de la presencia de Dios—, y la represión de toda voluntad humana, de naturaleza pecaminosa, es lo que desea que se muestre el autor de la epístola.

Existían recursos en el cristianismo para avivar el gozo y mitigar el dolor. Si alguno está afligido, que ore, Dios está presto a escuchar; si es feliz, que cante; si está enfermo, que mande recado a los ancianos de la asamblea para que recen por él y le unjan, así desaparecerá el castigo y los pecados por los que, de acuerdo con el gobierno divino, fue castigada aquella persona, y serán perdonados con relación a Su gobierno. Esto es lo único de lo que habla esta sección del capítulo.

La imputación de pecado por condenación no tiene aquí cabida. La eficacia de la oración de fe tiene que ver con mantener un corazón íntegro. El gobierno divino se ejerce hacia su pueblo. Él los castiga con la enfermedad, por lo que es importante que el hombre interior abrigue la verdad. Los hombres esconden sus faltas, desean caminar como si todo fuera bien, pero Dios juzga a su pueblo poniendo a prueba su corazón y entrañas. Ellos están sujetos a lazos de aflicción. Les hace ver en qué fracasan al mostrarles su inquebrantable voluntad. El hombre «sobre su cama es corregido por el dolor, con el temblor continuo de todos sus huesos» (Job 33:19). Ahora bien, la iglesia interviene con la caridad, según su orden establecido, mediante los ancianos. El enfermo se compromete ante Dios y confiesa su estado de necesidad; la caridad de la iglesia actúa y hace comparecer al que es disciplinado, dependiendo de la relación, en presencia de la divinidad, porque ahí es donde de veras se ve a la iglesia. La fe aboga por esta relación de gracia, y el hombre enfermo es sanado. Si los pecados, no solo la necesidad de disciplina, fueron la razón de su castigo, no impedirán que sea curado, sino que se los perdonarán.

El apóstol presenta este principio general como una acción que hay que tomar para todos, abrir los corazones y comprobar si se mantiene la verdad en el hombre interior, orar los unos por los otros y que la caridad se ejercite plenamente frente a las faltas cometidas por los demás. Así, la gracia y la verdad se forman espiritualmente en la iglesia, se genera una perfecta unidad de corazón entre los cristianos, de manera que aun sus faltas propician la ocasión para confiar totalmente en los santos y ejercer la caridad, como hace Dios con su amor perdonador, que todo lo restaura. Qué hermoso cuadro de los principios divinos, que animan a los hombres haciendo que actúen según la naturaleza de Dios y Su influyente amor en el corazón.

Cabe señalar que no se trata de una confesión a los ancianos. Esto hubiera sido confiar en los hombres, formalmente hablando. Dios desea que obre la caridad de manera absoluta. La

confesión recíproca muestra cuál es la condición real de la iglesia, y él quiere que sea tal su estado que el amor reine en ella, que todos lo sientan tan cercano como para poder tratar al transgresor según la gracia que hemos conocido, y se ejercite este amor para reproducir una franca sinceridad. La confesión formal destruye todo esto, le es contraria. ¡Qué divina es la sabiduría que omite la confesión al referirse a los ancianos, y en cambio la ejerce como una impresión vivaz y voluntaria del corazón!

Esto nos lleva a considerar qué valor tienen las oraciones fervorosas del hombre justo. Su proximidad a Dios le transmite la sensación de tener, como resultado, aquello que Él es, lo que a través de la gracia y la operación espiritual le confiere este poder. Dios tiene en cuenta a las personas en función de la infinitud de Su amor. Presta atención a la confianza que ponen en él, a la fe en la Palabra, demostrada por alguien que piensa y actúa de acuerdo con una apreciación justa de lo que significa. Es la fe que nos hace sensibles a lo que no vemos, a Dios mismo, que actúa movido por la revelación que ha dado de sí. El hombre que en un sentido práctico es justo por gracia, está cerca de él, y como es justo no tiene que sostener ningún enfrentamiento por causa de su pecado, lo que apagaría su corazón. Ahora es libre de acercarse y hacerlo en nombre de los demás, empujado por lo que le anima y le permite apreciar a Dios, buscando, según la actividad de una naturaleza santa, que sus oraciones prevalezcan, por el bien de los otros y la gloria divina sostenida en el servicio. La respuesta vendrá como reacción de esa misma naturaleza, favoreciendo esta confianza y respondiendo a ella con el fin de manifestar lo que Dios es para la fe, alentar al individuo a la hora de sancionar su actividad y poner su sello en el hombre que camina por fe²⁸.

El Espíritu divino opera, como sabemos, en todo esto, pero el apóstol no habla aquí de Él, sino que se ocupa de los resultados prácticos, exponiendo al hombre y obrando bajo la influencia de la bondadosa e influyente naturaleza divina, de modo que lo hace movido por el poder de esta cercanía con Dios. Si consideramos las acciones espirituales, estos pensamientos acaban por confirmarse. El hombre justo no contrasta el Espíritu Santo, que vive en él de acuerdo con su poder y no tiene necesidad de reafirmar una conciencia recta delante de Dios, puesto que actúa acorde con el poder de su comunión. Finalmente, tenemos la seguridad de que la oración ardiente e intensa del hombre justo es mayormente eficaz, la oración de una fe que conoce a Dios y que, al acercarse, puede contar con Él.

El caso de Elías es interesante, como el de mostrarnos —hay otros ejemplos iguales— la manera en que el Espíritu Santo actúa en un hombre, en cuyo interior se encuentra la manifestación de su poder. En la narrativa tenemos la declaración que pronuncia Elías: «vive Jehová, que no habrá lluvia ni rocío en estos años, sino por mi palabra». Esta es la autoridad, el poder ejercido en el nombre de Yahvé. Nuestra epístola expone la operación secreta que transcurre entre el alma y Dios. Elías oró, y él le escuchó. Tenemos la misma clase de testimonio que da Jesús al pie de la tumba de Lázaro, solo que allí vemos ambas cosas dentro de un conjunto, salvo la oración, que no tiene sentido si no es bajo el quejido inefable del espíritu de Cristo.

Al comparar Gálatas 2 con la historia de Hechos 15, una revelación divina determinaba la conducta de Pablo, no motivada por motivos ajenos que hubieran estado en el conocimiento de todos. En casos como los que el apóstol propone a la iglesia —y también los de Elías y del Señor Jesús—, se nos revela un Dios que vive, actúa y se interesa por todo lo que sucede en su pueblo.

También hay la actividad del amor hacia los que yerran. Si alguno se aparta de la verdad y por gracia es traído de vuelta, sabed que devolver al pecador del error de sus caminos manifiesta el ejercicio, por simple que sea el acto, del poder que libra a un alma de la muerte. A resultados de ello, todos estos pecados, que dada su existencia universal habían plagado su naturaleza odiosa

²⁸ Es bueno recordar que esto se lleva a cabo con las formas de gobierno de Dios, y por tanto bajo su título de Señor, una posición que Cristo posee especialmente, aunque el término tenga aquí una aplicación general. Comparad el versículo 11 y la referencia judía del pasaje. Tenemos un Padre y un Señor Jesucristo. Él ha venido a ser Hombre y Cristo, y toda lengua confesará que es también el Señor.

a ojos de Dios y habían ofendido Su gloria y corazón, quedan cubiertos. El alma devuelta a él tiene sus pecados perdonados por gracia, no surgen más y son borrados de ante el rostro divino. El apóstol, como es habitual en él, no habla del poder que opera en esta obra de amor, sino del hecho. Lo aplica a casos que han existido entre ellos, pero ante todo establece un principio universal con respecto a la actividad de la gracia en el corazón, que es alentado. El alma errante está salvada, el pecado es quitado para siempre.

La caridad en la asamblea suprime, por así decir, los pecados que de otro modo destruirían la unión y apagarían esta caridad, y aparecerían con toda su deformidad ante Dios, mientras que, siendo recibidos por el amor no proliferan, sino que son, en cuanto al estado natural de las cosas, disueltos y quitados por la caridad que no pudieron vencer. El pecado es derrotado por el amor resolutivo: desaparece y es absorbido por él. Así es como cubre una multitud de pecados. Aquí se ve su manera de funcionar en la conversión del pecador.